

LUIS GUSMÁN

# HASTA QUE TE CONOCÍ



Gusmán, Luis

Hasta que te conocí. - 1a ed. - Ciudad  
Autónoma de Buenos Aires: Edhasa, 2015.  
280 p.; 22,5x14 cm.

ISBN 978-987-628-375-5

1. Narrativa Argentina. 2. Novela.  
CDD A863

Diseño de cubierta: Eduardo Ruiz

Primera edición: diciembre de 2015

© Luis Gusmán, 2015

© de la presente edición Edhasa, 2015

Avda. Diagonal, 519-521  
08029 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso C  
C1054AAT Capital Federal  
Tel. (11) 50 327 069  
Argentina  
E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-987-628-375-5

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por EL ATENEO GRUPO IMPRESOR S. A.

Impreso en Argentina

ESTA EDICIÓN DE 3.000 EJEMPLARES DE *HASTA QUE TE CONOCÍ*, DE LUIS GUSMÁN,  
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL ATENEO GRUPO IMPRESOR S.A.,  
COMANDANTE SPURR 631, AVELLANEDA, EL 30 DE NOVIEMBRE DE 2015

A Marcelo Gargiulo y Luis Tedesco



*Tu amor está donde es fácil de  
conseguir y fácil de perder.*

Elliot Chaze

El hecho no es que  
me hayas mentido  
sino que ya no te  
puedo creer, eso es lo  
que me hace estremecer

Friedrich Nietzsche



## Índice

I. Planeta Cuerpo .....	13
II. Keops.....	43
III. Los perros .....	59
IV. Almanimal.....	107
V. Regatas .....	209
VI. La idea fija.....	229
VII. Susurros se mudó al Oeste .....	249
VIII. El Charco.....	255





I

Planeta Cuerpo



En la madrugada del viernes, Walenski tuvo un sueño que lentamente se fue convirtiendo en una pesadilla. Había soñado con Smith. Desde que se acostó había tenido a su compadre en la cabeza porque al día siguiente se cumplían dos años de su muerte.

“Era un sueño, porque no sentía el olor a podrido del río”, pensó cuando despertó. “Soñaba que los dos corríamos al costado del Riachuelo. Como si entrenáramos. Parecía que escapábamos. Con la sensación espantosa de huir de un peligro desconocido. Sin embargo, como pasaba siempre, en algún tramo de la huida comenzamos a hacernos chistes entre nosotros y a reírnos como cuando nos conocimos. En un momento me dijo: ‘Yo estoy muerto pero pronto vas a tener noticias mías’. Después soltó una carcajada. Fue esa carcajada la que me despertó sobresaltado.”

Con esas palabras, o parecidas, ese mediodía Walenski le contó su sueño a un cliente del gimnasio.

Walenski tenía una pieza donde trabajaba desde hacía más de un año. Unos meses atrás se había transformado en el encargado del gimnasio Planeta Cuerpo, en el corazón de Avellaneda.

En medio de la pesadilla buscó encender el velador. Entonces se dio cuenta de que otra vez habían cortado la luz: “No aguanto más el verano y el calor”, murmuró molesto por tener el cuerpo tan transpirado.

Se levantó para tomar un poco de agua. Caminó a tientas hasta el salón. Se movió a ciegas entre los aparatos. Se llevó uno por delante y se golpeó la rodilla. Sintió un dolor muy fuerte, y puteando dijo: “No voy a poder dar la rutina”.

Apagó la alarma. La luz de la cámara de seguridad seguía encendida y el titilar lo fue guiando hasta la piecita que hacía de oficina y donde había una heladera. La tocó: “Todavía está fría”. Ese pensamiento le pareció morboso, tenía el sentimiento siniestro de que el fantasma de Smith podía aparecer en cualquier momento.

Tomó un vaso de agua. Como suele suceder en estos casos, las velas se habían terminado. Abrió una ventana, pero las luces de la avenida y del cartel del gimnasio también estaban apagadas. “Planeta Cuerpo murió”, dijo con cierta ironía.

Llegó hasta el baño. Hundió su cabeza en el lavatorio. Le pareció agua bendita. Entonces, como acostumbraba, se persignó. Ese acto terminó de despertarlo.

Después ya no pudo conciliar el sueño. Tenía miedo y no quería volver a la habitación. Decidió dormir en el suelo o sobre la cinta sin fin, pero tuvo miedo de que si volvía la luz, la máquina se pusiese

de nuevo en movimiento y, entonces, volvería a correr como en el sueño. Pero esta vez Smith no estaría para acompañarlo.

★ ★ ★

Dos veces por mes, Walenski dedicaba la mañana de los viernes a hacer las compras. Las hacía a primera hora ni bien abría el supermercado. Cada vez que iba al Walmart miraba con nostalgia el paisaje de su infancia, que ya no estaba. El de su juventud tampoco existía. Sólo quedaban los siete puentes; antes tan grandes, ahora tan pequeños. La nostalgia era excesiva teniendo en cuenta que vivía en la avenida Pavón, apenas a unas treinta cuadras del supermercado.

Esa mañana con el sueño de Smith en la cabeza, comenzó a recorrer las góndolas como hacía habitualmente. Parecía que se hubiera olvidado de llevar alguna cosa o buscara algún producto diferente aunque siempre compraba lo mismo, cosas de hombre solo: yerba, café, cerveza, arroz, fideos.

Lo único fuera de lo habitual que se permitía comprar, porque le resultaba demasiado caro para su presupuesto, era Gatorade. Conocía el sabor de cada fruta. Miraba con avidez los envases que nunca tiraba y guardaba en algún lugar del gimnasio en donde se iban acumulando las botellas vacías.

Andaba vestido todo el año con la misma ropa. En invierno agregaba una campera que se quitaba

en verano. Lo mismo sucedía con el calzado. Zapatos acordonados en invierno, mocasines en verano. Los cuidaba porque calzaba un número muy grande y tenía que hacérselos a medida o buscarlos en dos o tres zapaterías dedicadas a talles especiales.

Había otro rubro en el que Walenski no se fijaba cuánto gastaba y era en los productos de limpieza. Es cierto que no era su dinero, porque pasaba la factura a nombre del gimnasio donde trabajaba. Era muy meticuloso con la limpieza, por eso conocía las propiedades de cada producto. A veces, hasta anotaba el nombre de alguno nuevo que había visto en una propaganda de televisión. Le gustaba que el gimnasio brillara y oliera perfumado. Porque para Walenski el gimnasio era como su cuerpo. Entonces elegía los desodorantes de piso como una mujer elige un perfume. No tenía una fragancia fija; le gustaba cambiar los aromas: pino, lavanda, floral. Tal vez esa costumbre le viniese desde que trabajaba en el camión frigorífico, cuando para sacarse el olor a carne primero se lavaba con jabón blanco y después se rociaba con desodorante.

Fuera de las clientas del gimnasio, el supermercado era casi el único lugar donde hablaba con mujeres. Se detenía ante una góndola y comentaba las ventajas o desventajas de un desodorante de ambiente que acababa de descubrir. Al principio lo miraban con cierto recelo porque creían que les buscaba conversación, hasta que se daban cuenta de que a ese hombre le in-

teresaba sinceramente hablar de esas cosas. Como no tenía aspecto afeminado, esto las desconcertaba aun más. Era habitual que entre las góndolas volviese a encontrarse con mujeres que iban al supermercado el mismo día que él. Hasta llegó a concretar una cita y se acostó con alguna. Algo pasajero. Era casi una regla que cuando dejaban de verse, aunque no quedasen enemistados, ellas cambiaran los días de hacer las compras. Él siempre iba los viernes.

Después de pagar en la caja, salía con su chango repleto, y siempre se preguntaba qué sentido tenía adquirir tantas cosas para un hombre solo. Después se sonreía y pensaba: “Cualquiera diría que tengo una familia numerosa”.

★ ★ ★

Ese mismo viernes al mediodía, posiblemente a la misma hora en que Walenski le contaba al cliente del gimnasio lo que había soñado, una mujer joven y un muchacho un poco mayor que ella se encontraban en el zoológico. La pareja llamaba la atención porque no estaba con chicos, no parecían dos enamorados ni turistas que vinieran a conocer el zoológico. Silvio vivía en San Telmo pero siempre le gustaba andar por la zona norte porque era donde se sentía a gusto.

—¿Por qué me citaste en este lugar con este calor?  
—le preguntó Lucero a Silvio.